

del derecho y en los rientes campos de la literatura.

El asunto de tan bellísima novela no puede ser más sencillo ni más humano. El amor y los celos son el eje sobre que gira; solo que el amor en ella no tiene las candencias y las audacias que hacen sonrojar á las mujeres castas.

Los personajes están, en general, vigorosamente delineados, por lo cual se les siente palpitante bajo las hojas del libro. Sin embargo, fiel á la verdad, he de decir que de los tres personajes capitales, precisamente la protagonista, es la que resulta algo borrosa para el lector, el cual cree á veces que Maria del Puy prefiere á Luis, y otras que á Adolfo, sin llegar á saber *exactamente* cómo es aquella alma. Bien se ve que es hermosa, que es buena, pero no existe allí el rasgo personal vigoroso, el dibujo detenido y detallado que no deja ámbito del alma que no recorra con mano segura y fuerte para calcar todas las líneas del espíritu.

En cambio Luis y Adolfo están vivos, son de carne, existen, los conocemos, hemos hablado con ellos. Con tal maestría y tal fuerza de verdad están pintados. La primera disputa entre los dos amigos es de un realismo admirable, y una de las más hermosas páginas de la novela.

D. Cirilo, el cura de Zudaire, es un delicioso tipo: los apuros morales que pasa el bondadosísimo sacerdote para desempeñar todas las comisiones espinosas de que se encarga por ser tan bueno, tan caritativo, tan *infantil*, á pesar de sus años, tan niño no obstante la amarga ciencia del confesonario donde las almas, desnudas, solo muestran sus miserias y sus llagas; la decisión cristiana con que, llegado ya el mo-